



ORACION

PANEGÍRICA,

QUE EN HONOR DE SAN GREGORIO
MAGNO PRONUNCIÉ EN LA UNIVER-
SIDAD DE OSUNA, SIENDO CATEDRÁ-
TICO DE FILOSOFIA, EL AÑO
DE 1765.

Hic magnus vocabitur. Matth. V.

SEÑORES:

¿A quién no parecerá atrevimiento
inexcusable, que un jóven sin elo-
cuencia ni instruccion, ose hablar an-
te un areópago de sabios, y á pre-
sencia de tantos Dionisios, de la san-
tidad y sabiduria de uno de los mas
grandes pontífices que han ocupa-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 209
do la silla de S. Pedro? Hablo de
S. Gregorio el Magno, este varon
incomparable, este monge austéro y
penitente, este doctor y firme co-
lumna de la Iglesia de Dios, cu-
yas virtudes, sabiduria y acciones
heróicas son un piélago insondable.
Conozco, señores, que para deli-
near la imágen y formar la esta-
tua de este grande Alexandro, eran
necesarios los colores y pinceles de
Apeles, y los cinceles de Lisipo.
Conozco que para elogiar á este
nuevo Basilio era necesario un Na-
zianzeno, y que solo la elocuencia
de un S. Ambrosio sería capaz de
celebrar dignamente las acciones he-
róicas de este nuevo Teodosio.

Pero vosotros, que me habeis im-
pelido, sabreis con humanidad di-
simular mis defectos; y Dios, que
ha prometido virtud, eficacia y
energía á los que evangelizan su
doctrina, se dignará purificar mis
labios como los de Isaías para que

no profane su divino testamento. Confiado pues únicamente en su auxilio, ensayaré el elogio de este su siervo fiel y prudente, á quien construyó sobre su familia en la tierra, para que les proveyese del alimento necesario en tiempo. A este fin le colocó sobre el candelero de su Iglesia, para que iluminase á todos los de su santa casa: le colocó, repito, como una antorcha resplandeciente y ardiente: *Lucerna lucens, et ardens*; ardiente por el fuego de su caridad, luciente por el resplandor de sus virtudes y doctrina. Hé aqui el plan de su elogio y su verdadero carácter. Una breve ojeada sobre su vida exemplar y laboriosa basta para acreditar que fue un nuevo faunaturgo, ó trismegisto, es decir, tres veces grande: gran santo, gran pontífice, gran sabio. *Magnus vocabitur*: tres breves reflexiones que dicen la materia, objeto de vuestra

atencion y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. *Ave Maria.*

Hic magnus &c.

Cuando el Todopoderoso ha querido de tiempo en tiempo enviar al mundo algunos de estos célebres héroes que sirvan de antorcha á los mortales, que con sus luces disipen los errores, y acrediten con sus obras la sana moral de su evangelio, los ha preparado de antemano por sendas á veces desconocidas y opuestas al parecer á sus inefables designios, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne. Ambrosio y Augustino, entre otros muchos, nos presentan un ilustre testimonio de esta verdad. ¿Quién diría que el maravilloso ingenio de

Ambrosio, aquella elocuencia y arte con que se manejaba en el foro era destinada por Dios para que con sus oraciones ilustrará á todo el occidente en las sendas de la virtud? ¿Quién al oírle hablar en el senado diría que su voz estaba por el Señor destinada para hacerla resonar delante de los altares, con admiración del mundo y edificación de la Iglesia? ¿Quién diría que el talento gigante de Augustino, y aquella su admirable dialéctica, mas sutil y capciosa á veces que la de Carneades, Cleantes y Crisipo, empleada de ordinario en combatir las verdades de la religion, serviría con el tiempo á la ruina del maniqueismo y de los pelagianos, y á la mas vigorosa defensa del catolicismo? Sucede esto á veces, porque Dios con su infinita sabiduria permite que hagan los primeros ensayos en el siglo los que destina á que despues manifiesten admira-

bles progresos en el orbe espiritual.

Baxo este plan parece ordenó Dios la vida de S. Gregorio el Magno. Destinábale el Señor para que fuese una resplandeciente antorcha, cuya luz se extendiera á los confines del mundo, y que en lo sucesivo sirviera de exemplar á los grandes, á los potentados y á los sumos pontífices. Aunque hijo de padres senadores y poderosos, quiso el Señor manifestar á los nobles, ricos y potestades sublimes, que podian abandonarse con fruto los palacios suntuosos, para ir á sepultarse en las pobres mansiones de un monasterio, y que podian desecharse los vestidos de oro y plata, para vestirse con mas honor de una túnica tosca y despreciable; que podia despreciarse la multitud de criados y sirvientes, para ir á ejercer los oficios mas viles de una comunidad religiosa; que no era en

fin degradar la dignidad de senador la renuncia de las pompas y vanidades del mundo.

Desde su primera edad dió muestras nada equívocas que lo destinaba Dios para cosas grandes. Su carácter afable, su admirable ingenio, su pronta y tenáz memoria, su entendimiento profundo y viveza incomparable, todo pronosticaba estar elegido por Dios para sus altos fines. Nadie en efecto puede gloriarse de haber hecho en muchos años los grandes progresos que Gregorio en corto tiempo. ¡Qué velocidad! ¡qué rapidéz en la inteligencia de la escritura santa, en los concilios y espíritu de la religion! Pero no es esto lo mas, sino que á la viveza y ardor de la juventud unia la prudencia y maduréz de un anciano.

Estas bellas calidades movieron á los cónsules y senadores á elevarlo á pretor de Roma. En este

honroso empleo no tuvo otro objeto que la justicia, otra mira que el desinterés; ni otro respeto que el bien público. Por manera, que podia decirse con verdad que era una víctima pronta á sacrificarse á cada instante por la felicidad de la república. Haz; ó Gregorio! haz tus primeros ensayos en la Roma civil, para hacer despues los mayores progresos en la Roma espiritual. Imita ahora á los Camilos, Scipiones y Fabricios, para imitar despues á los Pedros, Clementes, y aun al mismo Jesucristo.

No fueron la justicia y la vigilancia las únicas virtudes que admiraban todos en Gregorio. Era singular su liberalidad y misericordia. En sus manos hallaban los pobres el alivio de sus necesidades y asi lo de sus miserias; pues á imitacion de otro Job, era ojo para el ciego, lengua para el mudo, pies para el coxo, y hospicio para el

peregrino. En esta época fundó á sus expensas seis monasterios en Sicilia, y aun al palacio que habitaba en Roma dió el mismo destino, labrando como el fenix el nido en que debian reposar sus cenizas. Qué adorable es ¡ó mi Dios! tu Providencia. Gregorio empieza á mirar con tedio todas las cosas del mundo. Conoce que para llegar al cúmulo de la perfeccion es mas á propósito obedecer que mandar. Animado de este pensamiento, desnudándose de las pompas, grandezas y gloria mundana, de la dignidad senatoria, del empleo de pretor, y renunciando de todo lo que no era virtud, entra Gregorio en el monasterio á ser modelo y exemplar de los monges.

Aquí, señores, desearia yo tener la energia del gran Demóstenes, de Ciceron, y la elocuencia del Nazianzeno, para exponer las heroicas acciones y virtudes de Gre-

gorio el Magno; su humildad, digo, su modestia, su obediencia, su castidad, su austeridad y espíritu de penitencia. Baste decir que sus vigiliass igualaron á las de Paulo, primer eremita, sus oraciones á las del grande Antonio, sus penitencias á las de S. Hilarion, y que fue tan abstigente como S. Simon Stilita, tan humilde como el gran Basilio, y tan obediente como el mismo san Plácido. La conducta en fin de Gregorio presentaba á primera vista la perfeccion de los mas santos monges de oriente y occidente. Sus iguales lo veneraban como exemplar, los ancianos admiraban su virtud, y el abad se avergonzaba de mandarle como superior.

Su mérito sólido, y no la intriga ni la cábala lo elevó bien presto al empleo honorífico de abad del monasterio. Aquí manifestó su gran talento, su prudencia y discrecion para el gobierno; pero sin omitir

el exercicio de sus vigili-
as, ayunos y disciplinas. De aqui le pro-
vino aquella aguda y peligrosa en-
fermedad de estómago, que lo po-
nia á los umbrales de la muerte,
y que le impedia ayunar ni aun
el viernes santo. Su director le im-
pedia que fuese tan abstinentes, man-
dándole sobreeser á tantas peniten-
cias, porque llegó á sospechar que
Dios no habia criado á Gregorio
para sí solo, sino para bien de su
Iglesia. Bien presto se verificó es-
ta sospecha. Pelagio II muere; y
al punto el senado, el clero y el
pueblo romano lo eligen de acuer-
do por obispo de Roma y sumo pon-
tífice. En vano resiste Gregorio;
en vano se sale de esta capital del
mundo cristiano, escondido entre los
sacos de unos mercaderes, para huir
de tan alta dignidad, sepultándose
entre los montes y las grutas, á
la manera que un facineroso huye
de la pena capital. El Todopode-

roso, que no habia producido es-
ta antorcha luminosa para que es-
tuviese escondida, sino para ilumi-
nar á todos los de su santa casa,
dispuso que lo halláran bien pres-
to los ciudadanos de Roma, que con
increíble ansiedad lo buscaban.

Hé aqui, señores, á Gregorio
conducido á la capital por fuerza,
y adornado con la investidura pon-
tificial, á manera de un reo que re-
cibe el saco para el suplicio. ¡O
pension comun de las almas gran-
des! Por mas que desprecieis los
cargos, y desecheis las honras y
dignidades, ellas os buscarán. Las
mitras os sacarán de lo mas escon-
dido de los monasterios. Si os me-
teis baxo los montes, allá penetra-
rán las dignidades, los báculos, las
tiaras. Asi por mas que Gregorio se
oculte, Dios que lo ha hecho gran
santo en el mundo, va á manifes-
tarlo gran pontífice sobre su Igle-
sia: *magnus vocabitur.*

II. Ya en efecto habia dado Gregorio muestras nada equívocas que era enviado por Dios como otro Moysés para libertar á su pueblo escogido. Habia empezado en Roma la peste mas cruel y mas violenta que hasta alli se habia experimentado. En las calles y plazas de esta capital del mundo solo se veian montones de cuerpos muertos, espectáculo horroroso á la vista, y que hacia desmayar la imaginacion. Los ciudadanos aparecian lánguidos y exánimes, esperando á cada momento ser víctimas de tan terrible azote. Gregorio recurre á la oracion, y tomando el incensario, á imitacion de Aaron, se pone de medianero entre Dios y los hombres para libertar á su pueblo. Mandólos juntar en procesion, y despues de haber conmovido los ánimos de toda la multitud con un enérgico y elocuente discurso, que les arrancó lágrimas de corazon, contritos

y humillados en la oracion, lograron desarmar la ira del Señor, y cesó enteramente el contagio.

Conocida por Gregorio la voluntad de Dios, se aplicó con suma sollicitud á conducir el rebaño de la Iglesia universal, que el supremo de los pastores le habia encomendado. ¿Qué zelo igual al de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo; que bastaba por sí solo á catequizar al rudo, á dirigir al perfecto, al alivio del pobre, al consuelo del enfermo? Hecho todo para todos, á imitacion de S. Pablo, extiende al punto por todas partes el fuego del amor á Dios y su grey que lo devora. Por manera, que puede decirse con verdad, que no solo toda la Europa y sus confines, sino el África y Asia sintieron los efectos de su sabio gobierno y de su zelo, aun antes de saber su elevacion al pontificado. ¿Qué reino,

qué provincia del mundo hasta allí conocido, podrá alegar no haber llegado á su país los rayos de la sabiduría de Gregorio? Sus reglamentos se extendieron con increíble velocidad de uno á otro polo.

Dígalo España, y dénos testimonio de la presteza extraordinaria con que llegaron los rayos del Vaticano á disipar las tinieblas con que los priscilianistas y arrianos pretendían envolver la península. Dígalo el África, donde brevemente alcanzó la espada espiritual de Gregorio, que cortó la cabeza á la hidra de los donatistas, que á cada momento vomitaba nuevos insectos de iniquidad. Dígalo Dalmacia, donde apenas apareció el cisma, cuando el poderoso brazo de Gregorio apagó el incendio. Dígalo Constantinopla, donde con igual zelo que Ambrosio al gran Teodosio reprehendió al emperador Mauricio, que

pretendía extender su cetro á lo eclesiástico. Dígalo en fin todo el mundo, adonde pasaban con frecuencia sus decretos pontificios, para instruccion y consuelo de todos los miembros de la Iglesia católica. Los silbos de este pastor universal, traspasado el Nilo, se extendían por los inmensos arenales de Egipto, por desiertos de la Etiopía, por los países de los abisinios, buscando los monges y los eremitas que habitaban entre las fieras y en las entrañas de la tierra.

¿Y se limitaba su penetrante voz á estos confines? Nada menos. Su eco retrocedía, y traspasando el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Ganges, resonaba con energía hasta las extremidades de la tierra, y aun sobre las aguas del Océano. El espíritu vigilante y solícito de Gregorio el Magno, á imitación del alma, que anima todos los miembros del cuerpo humano, daba vi-

gor á la inmensa mole de la Iglesia católica. Sus reglamentos se extendian á todas partes y sobre todas materias; y ni el dilatado espacio de mas de once siglos, ni los cismas ni mayores revoluciones han podido borrar su esplendor. El misal romano, la liturgia y las ceremonias eclesiásticas publicarán eternamente las sabias disposiciones de Gregorio el Magno. ¿Pero quién es capaz de reducir á sumario las grandes é ilustres acciones de su pontificado? Mis ojos débiles se deslumbran con su resplandor.

Mas no son sus virtudes, sus penitencias, su vigilancia pastoral, su zelo y cristiana política en el manejo de los negocios mas árdulos y en las circunstancias mas difíciles que lo acreditaron gran santo y gran pontífice, lo que debe causarnos mayor admiración; sino que á pesar de tener siempre su alma adherida á Dios y ocupada en asun-

tos tan graves de la Iglesia universal, cultivase las ciencias con el mayor suceso, haciendo en ellas tales progresos, que lo acreditasen de gran sabio: *magnus vocabitur.*

III. Ya os dixe al principio que desde su juventud adelantó mucho en las letras divinas y humanas. Así lo manifestó mientras estuvo en el siglo con el cargo de senador y de prefecto de Roma. Entonces dió muestras nada equívocas de su admirable talento para la política, filosofía y elocuencia, y Roma vió revivir en la persona de Gregorio las cenizas de los Catones, Cicerones y Hortensios, olvidadas por mas de seis siglos. Mas luego que dexó el mundo y sus vanidades, entregado á la virtud dentro del monasterio, aplicó su talento á las ciencias sagradas, é hizo en las santas escrituras los mayores progresos, sin que los ayunos, vigiliass, disciplinas y

oraciones, le impidiesen su continuo y tenaz estudio. No tardó mucho, ya por sus virtudes, ya por su sabiduría en ser admirado de los monges, pareciéndoles haber baxado del cielo un nuevo Moysés, un otro Salomon, un nuevo Paulo, y que habían en él resucitado los Atanasios, los Crisóstomos, los Augustinos. Pero Gregorio mientras mas lo ensalzaban, mas se humillaba, como verdadero discípulo de Jesucristo, que ha prometido ensalzar á los humildes.

Tanto resplandor de santidad y de sabiduría no podia estar oculto mucho tiempo. Bien presto se extendió su luz á Roma y á toda Italia. Esto movió al pontífice Pelagio II para enviarlo por legado á Constantinopla. Aqui convenció al célebre Eutiquio su patriarca, obligándolo á detestar sus errores. Allí (á instancias de S. Leandro arzobispo de Sevilla) empezó á escri-

bir los libros de los *Morales*, que han sido y serán siempre admiracion de los siglos. Nada digo de su elevacion al pontificado. ¿Qué de cartas, qué de homilias, qué de oraciones no dió á luz pública para instruccion del universo? Por una puerta del Vaticano salian millares de bulas, órdenes y decretos, y por otra inmensos volúmenes, llenos de sabiduría celestial, para instruir á los ignorantes, convertir á los pecadores y confundir á los hereges; y todo esto en medio del bullicio y tumulto de la corte romana. Vos ¡ó mi Dios! con admirable providencia pudisteis unir en Gregorio el Magno las perfecciones de los monges mas austéros, de los mas vigilantes pontífices y de los mas sabios doctores: *magnus vocabitur*.

Mas toda esta ciencia, estos talentos ¿de qué hubieran servido á Gregorio si no hubiera poseido la ciencia de morir bien? Pero en todas

sus acciones fue sabio este grande héroe de la religion, y en la hora de su muerte parece que se excedió á sí mismo. Ya habia muchos años que padecia una aguda enfermedad de estómago. Acometiéronle al fin gravísimos dolores, que toleraba con la paciencia de Job y conformidad de Tobías, gloriándose como el Apóstol en medio de sus tribulaciones, alabando al Señor de los exércitos, y cantando salmos é himnos para darle gracias de que se dignaba purificarlo en vida, como al oro en el crisól. Asi caminaba imperturbable ácia el sepulcro; hasta que completado el número de sus dias, pudiendo decir con S. Pablo: he trabajado mas que todos, y he consumado mi carrera; despues de haber dexado á la Iglesia en un estado felicísimo; despues de haber extirpado todos los errores con sus admirables escritos, y convertido á muchas almas con sus elocuentes o-

raciones; despues de haberse preparado con muchas lágrimas para aquella última hora, y de haber como otro Tobías dado consejos saludables á sus hijos espirituales, dexando sus corazones penetrados de dolor, espiró en el Señor, mudó de vida, desapareció de la vista del mundo para reinar en el cielo.

¡Silla de S. Pedro, qué pérdida acabais de hacer! Paréceme ver á la Iglesia universal conmovirse de dolor, y á los templos vestirse de luto al publicarse la muerte de Gregorio. Paréceme oír en Roma y á las orillas del Tiber aquellas lúgubres voces que oyó el Jordán cuando murió el valiente Macabéo. ¿Cómo ha muerto este grande hombre que salvaba al pueblo de Israel? ¿Cómo ha faltado este admirable santo, este vigilante pontífice, este doctor excelente? ¿Cómo nos habeis privado ¡ó mi Dios! de esta firmísima columna de la Igle-

sia, de este muro inexpugnable del alcazar de Sion?

¡Mas enjugad vuestras lágrimas, deponed el luto, Iglesia santa! vestíos de gozo y alegría, porque el alma de Gregorio, apenas quedó libre de las prisiones de este cuerpo mortal y corruptible, voló al empíreo á estar en la eterna felicidad y compañía de los ángeles, á quienes imitó en la pureza; de los serafines, á quienes siguió en el amor y caridad; de los patriarcas, á quienes imitó en la fe; de Moisés, á quien tomó por modelo para conducir el pueblo de Dios; de los profetas y eremitas, á quienes imitó en las penitencias: allí está viendo á Dios en dulce compañía de los Atanasios, Nazianzenos, Ambrosios, Crisóstomos y Augustinos, que le sirvieron de modelo de imitación: allí en fin está rogando por todos los fieles cristianos, pidiendo al Señor que nos dé auxilios para ala-

bar en vida y eternidad al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.
DIXE.

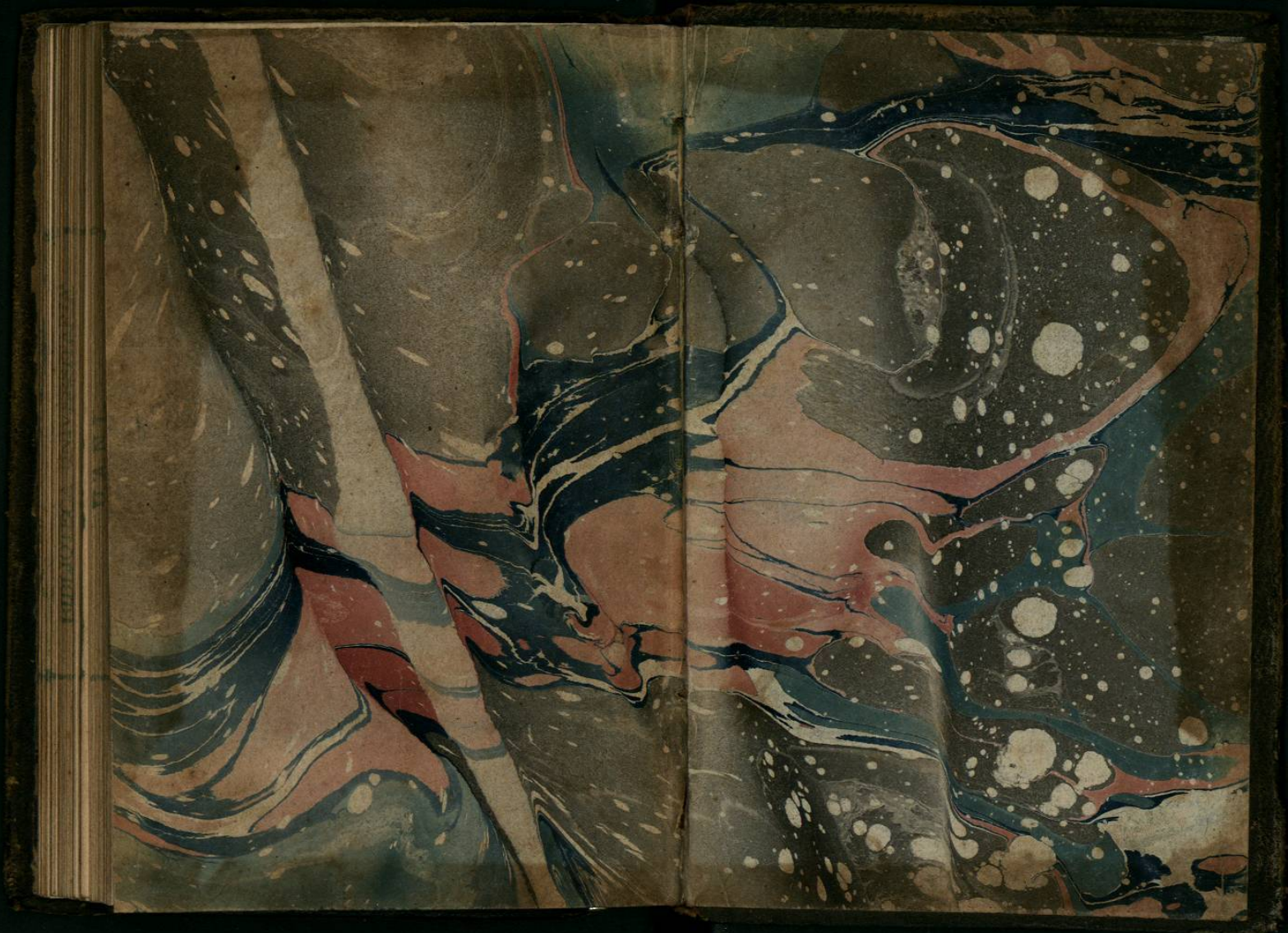
O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

TABLA
DE LOS SERMONES
contenidos en este tomo.

Discurso panegírico-apologético de nuestra Señora del Cármen.	Pág. 1.
Sermon moral sobre la fe.	49.
Panegírico de santa Teresa.	80.
Discurso moral sobre las aflicciones.	111.
Sermon moral sobre la santidad.	142.
Elógió panegírico de nuestra Madre de la Merced.	174.
Oracion panegírica de S. Gregorio Magno.	208.







E
S
V
C